y del oculto sentido de las historias y de los monumentos, sobre las márgenes que fueron el punto de donde partió el mundo moderno, y para alimentar, finalmente, la poesía grave y pensadora del siglo en que vivimos, con una sabiduria mas real, y con una filosofía mas verdadera!

Esta escena presentada á mi vista, recogida y acumulada entre los recuerdos de mis viajes, me presentó los destinos y las fases casi completas de todas las poesías. Las tres esclavas negras meciendo los niños y entonando sencillas canciones, sin ningun recuerdo de su pais natal; he aquí la poesía pastoral é instintiva de la infancia de las naciones: la jóven viuda turca llorando la pérdida de su marido, y cantando con sollozos á la tierra; he aquí la poesia elegiaca y apasionada, la poesía del corazon: los soldados y los mukres árabes recitando trozos belicosos, amorosos y maravillosos de Antar; he aquí la poesia épica y guerrera de los pueblos conquistadores: los frailes griegos cantando los salmos sobre los solitarios terrados de su convento; he aquí la poesía sagrada y lírica de las edades de entusiasmo y de renovacion religiosa: y yo, meditando bajo mi tienda, y recogiendo las verdades históricas ó pensamientos sobre toda la tierra; he aquí, finalmente, la poesía filosófica, hija de una época en que la humanidad se estudia y se reasume ella misma hasta en los cantos en que emplea sus ocios.

He aquí la poesía toda entera en lo pasado; mas ¿cuál será la poesía futura? . . . . . .
. . . . . .

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

4 de noviembre.

Hemos pasado tarde y noche en el desierto de San Juan, y nos hemos despedido de los escelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; porque el recuerdo de la virtud humilde y perfecta queda impreso en el alma, como el perfume del incienso de un templo que uno ha atravesado. Dimos á estos buenos padres una limosna, apenas suficiente para indemnizarles del gasto que les habiamos causado; ellos no hicieron mérito del riesgo á que les habiamos espuesto, y me pidieron que los recomendase á la proteccion del terrible Abusgosh, que debia encontrar en Jeremías. Partimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de San Juan, que nos seguian siempre, y comenzaban aun á amenazarnos: á las ocho de la mañana habiamos pasado ya los altos montes coronados por los sepulcros de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías fumando la pipa, y tomando café con Abusgosh, sus hermanos y tio. El primero me dió muchas pruebas de benevolencia, me colmó de atenciones, y quiso regalarme un caballo, que no quise admitir; porque me hubiera visto precisado á hacerle otro presente, el cual hubiera podido parecer un reconocimiento del tributo que impone á los peregrinos, del cual les ha relevado Ibrahim. Aproveché esta ocasion para recomendarle los religiosos de San Juan, de Belen y de Jerusalen, y los puse bajo su proteccion. Con efecto supe despues que habia ido á libertarles de las exigencias de los beduinos del desier-

to; él no podia figurarse, cuando yo reclamaba su proteccion en favor de unos pobres religiosos francos desterrados en las montañas, que á los ocho meses siendo hombre tan poderoso imploraría mi mediacion para libertar á su hermano, conducido preso á Damasco, y que yo tendria la dichosa ocasion de serle útil á mi vez. Tomado el café y refrescados nuestros caballos, seguimos la marcha escoltados por la inmensa poblacion de Jeremías, y fuimos á acampar mas allá de Ramla, en un bosque soberbio de olivos que rodea la ciudad. Rendidos de cansancio y sin víveres, pedimos la hospitalidad á los religiosos del convento de Tierra Santa; pero nos la negaron, temiendo que estuviésemos apestados, como hubiera podido suceder muy bien. Nos quedamos sin cenar aquella noche, y dormimos al ruido del viento del mar, que agitaba el follage de los olivos. Allí fué donde la Virgen, San José y el Niño Jesus pasaron la noche cuando huyeron á Egipto, y este pensamiento nos consoló de nuestras privaciones.

Dejamos á Ramla el dia siguiente á las seis de la mañana, y nos fuimos á desayunar en Jaffa, á casa de Mr. Damiani, donde permanecimos un dia para descansar, y acopiar las provisiones necesarias para el camino de Siria por la costa.

Nada hay mas delicioso que un viaje en caravana, cuando el pais es bello, cuando los caballos están descansados, y andan con ligereza al amanecer; cuando el piso es igual y arenoso, cuando la vista es variada, y sobre todo, cuando nos da en el rostro el aire del mar refrescado por las ligeras y regulares olas, y cuando la estensa superficie verde ó azul de este se despliega desde los pies de los

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

caballos, y á veces nos rocía con las polvorosas gotas de su espuma: este placer es el que tuvimos mientras se prolongó el camino por el bello golfo que separa á Caifás de San Juan de Acre.

El desierto del llano de Zabulon se oculta á la derecha por un alto y espeso cañaveral, y por las copas de las palmeras que separan la tierra de la costa; se anda sobre un piso de arena blanca y fina contínuamente rociada por la ola que se despliega, y esparce sobre ella manteles blancos de espuma el golfo cerrado al Oriente por la alta cima del Carmelo coronada de su monasterio, y al Occidente por las blancas y casi demolidas murallas de San Juan de Acre; parece un vasto lago en que las mas pequeñas barcas se pueden mecer sin riesgo por las olas; pero esto es ilusion: la costa de Siria es peligrosa por todas partes, y mas aun en el golfo de Caifás; los buques que se refugian en él, y que echan el áncora, tienen un fondo de arena poco sólido, y son arrojados sobre la costa como lo atestiguan los tristes restos de buques naufragados que suelen presentarse á la vista. Con efecto, toda la playa estaba llena de cascos medio enterrados en la arena, y algunos descubrian aun su quebrantada proa, en la que hacen sus nidos los pájaros de mar. Muchos de estos cascos solo muestran por fuera de la arena sus mástiles, y estos fúnebres árboles, sin hojas, se parecen á las cruces que se colocan sobre las cenizas de los muertos: algunos habia que conservaban sus vergas y su jarcia, que colgaba al rededor del mástil, enmohecida por el vapor salado del mar. Los árabes no tocan estos restos de buques naufragados: solo el tiempo y las tempestades de invierno completan su esterminio

ó la arena concluye por sepultarlos. Allí vimos como pescan los árabes en casi todos los mares de Siria: un hombre con una pequeña red plegada sobre la cabeza y en disposicion de arrojarse, se introduce algunos pasos en el mar, escogiendo la hora y el sitio en que tenga el sol á la espalda, y que ilumine la ola sin deslumbrarle: allí espera las olas que amontonando y levantándose van á estrellarse á sus pies contra el escollo ó la arena; fija una mirada práctica y penetrante en la espuma, y si ve que trae pescado arroja su red en el mismo momento de estrellarse, y en que lo arrastra el reflujo hácia dentro; la red cae, la ola se retira, y el pescado queda: para esta clase de pesca es preciso que esté revuelto el mar en las costas de Siria, porque cuando se halla en calma, nada puede ver el pescador, en razon á que la ola no se hace trasparente al levantarse sobre la superficie del mar.

El olor hediondo de los campos de batalla nos anunció la inmediacion de San Juan de Acre, de cuyas murallas no distábamos sino un cuarto de hora. Esta ciudad es un solo monton de ruinas: las cúpulas de las mezquitas están acribilladas; las murallas tienen numerosas brechas, y las torres están desplomadas en el puerto; acababa de sufrir un año de sitio, y ha sido tomada por asalto por los cuarenta mil héroes de Ibrahim.

En Europa no se conoce la política de Oriente: se le atribuyen designios cuando solo tiene caprichos; se le suponen planes, cuando solo sigue pasiones y miras futuras, cuando solo cuenta con el dia y el siguiente. En la agresion de Mehemet-Alí se ha creido ver la premeditacion de una antigua y progresiva ambicion; mas ha sido solamente la

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

suerte la que de un paso al otro le ha arrastrado casi involuntariumente á un punto, en el que ha llegado á conmover el trono de su amo, y á conquistar la mitad de su imperio: un nuevo golpe de la suerte podria conducirle mas lejos todavía. Veamos ahora como principió esta querella.

Abdalla era un jóven sin prudencia, que elevado al gobierno de Acre por un juego de la casualidad y el favor, se habia rebelado contra el Gran Señor, y que habiendo sido vencido, imploró la proteccion del pachá de Egipto, el cual habia comprado su gracia al diván. Faltando despues al reconocimiento que debia á Mehemet, se negó á cumplir las condiciones á que se habia obligado en el tiempo de su desgracia. Ibrahim marcha á San Juan de Acre para obligarle á que los cumpla, y encuentra una imprevista resistencia: pide mas tropas á su padre, y llegan estas tropas, pero son rechazadas nuevamente. Mehemet se cansa y llama á su hijo; el amor propio de este se resiente, y quiere morir bajo los muros de Acre ó someter esta ciudad al dominio de su padre. A fuerza de sacrificar hombres derriba las puertas de la plaza, se apodera de ella, hace prisionero á Abdalla, y este espera la muerte. Sin embargo, le hace presentar en su tienda, le dirige algunos sarcasmos amargos, y le manda ir á Alejandría. Llegado allí, en vez del cordon y del sable, le envia Mahomet su caballo, le hace entrar en triunfo, lo sienta á su lado en el divan, alaba su valor y su fidelidad al Sultan, y le da un palacio, esclavos y considerables riquezas.

Abdalla mereció por su valor este trato; encerrado en Acre con tres mil osmanlis habia re-

sistido un año á todas las fuerzas de mar y tierra de Egipto; la fortuna de Ibrahim se hubiese estrellado contra este escollo, si el Gran Señor, solicitado reiteradas veces por Abdalla, le hubiese enviado oportunamente algunos miles de hombres, ó hubiese al menos mandado á los mares de Siria dos ó tres de las bellas fragatas que duermen inútilmente sobre sus áncoras delante de los caiques ó isletas del Bósforo. En este caso nada hubiera podido hacer Ibrahim, y hubiera tenido que retirarse á Egipto con el doloroso desengaño de la impotencia de su cólera, pero la Puerta, fiel á su sistema de fatalismo, dejó completar la ruina de su pachá.

Derribado el baluarte de la Siria, el divan despertó demasiado tarde. A pesar de esto Mehemet-Alí mandó á su general que volviese; mas este, hombre de valor y amante de aventuras, quiere saber hasta dónde llega la debilidad del Sultan y su propio destino, y sigue adelante en vez de verificar la retirada. Dos victorias brillantes y mal disputadas, la de Homs en Siria y la de Konia en el Asia menor, le hicieron dueño absoluto de la Arabia, de la Siria, y de todos esos reinos del Ponto, Bithinia y Capadocia, que forman en el dia la Caramania. La Puerta podia cortarle todavía la retirada, y desembarcando tropas á retaguardia recobrar las ciudades y provincias, en donde él no habia podido dejar guarniciones suficientes, pues un solo cuerpo de seis mil hombres establecidos en los desfiladeros del Tauro y de la Siria, hubiera encerrado y encarcelado á Ibrahim y su ejército en el teatro de sus propias victorias. La escuadra turca era incomparablemente mayor que la de Ibrahim,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ó mas bien la Puerta tenia una numerosa y magnífica escuadra, é Ibrahim contaba solamente con dos ó tres fragatas; pero desde el principio de la campaña Kalil-Pachá, jóven elegante, favorito del Gran Señor, que le habia nombrado pachá, se retiró en el mar delante de las débiles fuerzas de Ibrahim: nosotros le vimos abandonar la rada de Rhodas y encerrarse en la de Marmoriza sobre la costa de Caramania en el fondo del golfo de Macri. Una vez metido en este puerto, cuya entrada es tan estrecha, Ibrahim con solos dos buques podia impedirle la salida: con efecto no salió, y todo el invierno, en el que las operaciones militares sobre las costas de Siria fueron tan importantes y decisivas, los buques de Ibrahim se presentaron solos sobre estos mares, y le trasportaron refuerzos y municiones sin obstáculo ninguno. A pesar de esto Kalí-Pachá no era ni traidor ni cobarde; pero así van los negocios de un pueblo que permanece quieto cuando todos los demas adelantan. La fortuna de las naciones es su genio, y el genio de los musulmanes tiembla ahora delante de sus mismos pachás. Por lo demas, ya se sabe el resto de esta campaña que recuerda la de Alejandro: Ibrahim es sin disputa un héroe, y Mehemet-Alí un hombre grande, pero toda su suerte se apoya en estas dos solas cabezas; en faltando estos dos hombres, ha faltado el Egipto, falta el imperio árabe, no hay mas macabeos para el islamismo: y el Oriente pertenece al Occidente por la ley invencible de las cosas, que da el dominio y el imperio adonde está la luz.

El mismo dia.

La arena que terminaba el golfo de San Juan

de Acre se hacia mas fétida á cada instante: comenzábamos á ver huesos de hombres, de caballos y de camellos sobre la costa, los cuales blanqueaban al sol, lavados por la espuma de las olas; estos restos se amontonaban y multiplicaban á cada instante. Bien pronto la línea que separaba la tierra de la ribera, se vió cubierta enteramente de ellos, y el ruido de los pasos de nuestros caballos ahuyentaba á cada momento las bandas de perros silvestres, de horrorosos chakales y de aves de rapiña, que hacia dos meses venian á saciar su voracidad en el atroz banquete que les habian preparado los cañones de Ibrahim y Abdalla. Los unos arrastraban al huir miembros de hombres mal enterrados, los otros piernas de caballos que conservaban todavía la piel, y las águilas se remontaban al acercarnos dando gritos de cólera, y volvian á volar al alcance de nuestros tiros sobre sus presas horribles é inmundas. Las altas yerbas, los juncos y los arbustos de la ribera, estaban tambien interpolados con estos lastimosos restos de hombres y caballos. Todo presentaba el cruel espectáculo y la huella reciente de la guerra, y el tifus que desolaba á Acre hacía algunos meses, acababa de esterminar lo poco que habia respetado la guerra, en términos que apenas quedaban mil doscientos ó mil quinientos hombres en una ciudad de doce á quince mil almas, y todos los dias se arrojaban fuera de los muros ó en el mar nuevos cadáveres que las olas desechaban del seno de las aguas, ó que los chakales desenterraban en los campos.

Llegamos por fin á la puerta oriental de esta desgraciada ciudad; mas como el aire no era respirable, no entramos en ella, sino que volviendo

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

á la derecha seguimos á lo largo de los muros desplomados, donde trabajaban algunos esclavos, y atravesamos el campo de batalla en toda su estension, desde los muros de la ciudad, hasta la casa de campo de los antiguos pachás de Acre, edificada en medio del llano á una ó dos horas de la orilla del mar. Al aproximarnos á esta casa de magnífico esterior, flanqueada de elegantes kioscos de arquitectura india, vimos unos sulcos larguísimos, cuyos márgenes eran algo mas elevados que los que hace el arado en las mas fuertes de nuestras tierras. Estas líneas de sulcos tendrian una media legua de largo, su número otra media de anchura, y el reverso del sulco se alzaba á uno ó dos pies del suelo. Este punto era el campo de Ibrahim, tumba de quince mil hombres, que habia hecho enterrar en estos hoyos sepulcrales, y anduvimos algun tiempo con mucha dificultad sobre este suelo, que apenas podria cubrir tantas víctimas desgraciadas de la ambicion y del capricho de lo que llamamos un héroe.

Aceleramos el paso de nuestros caballos, que tropezaban con los muertos sin cesar, y que quebrantaban los huesos que los chakales habian descubierto, y fuimos á acampar á una hora de este lugar funesto, en un sitio hermoso del llano, regado de agua corriente, plantado de palmeras, naranjos y limoneros dulces, fuera de la corriente del aire de San Juan de Acre, cuyas emanaciones nos perseguian. Bellos jardines, esparcidos como un oasis en medio de la desnudez del llano de Acre, habian sido plantados por el penúltimo pachá sucesor del famoso Djezar pachá: algunos pobres árabes, refugiados en chozas de tierra y barro, nos

suministraron naranjas, huevos y polios, y dormimos allí.

Al siguiente dia, Mr. de Laroyère, apenas podia levantarse de la estera y montar á caballo; sus miembros, entorpecidos por el dolor, se negaban al menor movimiento, y sintió los primeros síntomas del tifus que su facultad de médico le hizo luego advertir mejor que á cualquier otro. Como el sitio no nos ofrecia ni abrigo ni medios para colocar un enfermo, nos apresuramos á alejarnos de allí antes que la enfermedad se agravase, y fuímos á dormir á quince leguas, en el llano de Tiro, á la orilla de un rio que corre entre dos márgenes de espesos cañares, no lejos de unas aisladas ruinas, que parecen haber pertenecido á la época de los cruzados. El movimiento y el calor habian reanimado á Mr. de Laroyère; le tendimos en la tienda, y fuimos á cazar patos y gansos silvestres que salian á bandadas de los cañares, cuyos pájaros alimentaron toda la caravana.

El dia siguiente encontramos á la orilla del mar, y en un sitio delicioso plantado de platanos y de marítimos cedros, á un agá turco, que venia de la Meca con una numerosa comitiva de hombres y caballos. Nos establecimos bajo un árbol, cerca de la fuente, y no lejos de otro árbol bajo el cual almorzaba el agá: sus esclavos paseaban sus caballos, y admirado de la perfeccion de las formas y de la ligereza de un caballo árabe jóven y de la primera raza, mandé á mi dragoman que entrase en conversacion con el agá. Le regalamos algunas de nuestras provisiones de camino y un par de pistolas de piston: él nos dió en cambio un yatagan, y yo hice pasar mis caballos por delante de él para poder entablar la conversacion de un modo que pareciese natural. Conseguimos entablarla en efecto; pero la dificultad consistia en proponerle que me vendiese el suyo. Mi dragoman le dijo que uno de nuestros compañeros de camino se habia puesto tan enfermo que no hallaba ningun caballo cuyo paso fuese bastante suave: el agá dijo que tenia uno, sobre el cual se podia tomar al galope una taza de café, sin que se derramase una sola gota: era precisamente el que me habia gustado tanto y el que deseaba vivamente adquirir para mi mujer. Despues de mucha conversacion entramos en ajuste, me quedé con él, y le puse por nombre El-kantara, en memoria del lugar de la fuente, donde le habia comprado. Lo monté al instante para concluir la jornada, y en mi vida he montado animal tan ligero: no se sentia ni el movimiento elástico de sus remos ó miembros, ni la reaccion de su casco al sentar el pie sobre la peña, ni la menor resistencia de su boca en la brida. El cuello era corto y elevado, movia sus pies como un gamo, y uno creía montar un pájaro, cuyas alas hacian una marcha insensible. Su pelo era de color perla: corria mas que cuantos caballos árabes he probado, y se lo regalé á mi mujer, que no quiso montar otro mientras estuvimos en Oriente. Siempre echaré menos este caballo sin defecto alguno, que habia nacido en el Korassan, y que solo tenia cinco años.

Llegamos por la tarde á los pozos de Salomon, y al otro dia temprano entramos en Saida, antigua Sidon, escoltados por los hijos de Mr. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en aquella ciudad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Allí encontramos á Mr. Cattafago, á quien habiamos conocido en Nazareth, el cual estaba con su familia, acababa de edificar una casa, y se hallaba ocupado con los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no presentaba ningun vestigio de su pasada grandeza, nos entregamos enteramente á disfrutar de los obsequios y atenciones de Mr. Giraudin, y al placer de hablar de la Europa y del Oriente con este amable anciano, que constituido en patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en su persona y en las de su familia la imágen de todas las costumbres y de todas las virtudes patriarcales. El tifus se caracterizó con todos sus síntomas en la enfermedad que se habia agravado de Mr. de Laroyère, imposibilitado de levantarse para montar á caballo; fletamos un barco en Saida que lo trasportarse á Beyruth: nosotros partimos con el resto de la caravana, y yo envié un correo á Lady Stanhope, tanto para darla gracias por la fineza del paso que habia dado con respecto á Abugosh, como para suplicarla que aprovechase las ocasiones que se la ofreciesen, para anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbek y de Palmira.

5 de noviembre.

La noche pasada hemos dormido en un mal edificio antiguo abandonado, á la orilla del mar, y he escrito algunos versos en las hojas de mi Biblia. El gozo de acercarme á Beyruth, despues de un viaje concluido tan felizmente, hacia latir mi corazon. En el camino encontré un ginete árabe, que me traia una carta de mi mujer, en la cual me

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

decia que Julia estaba buena, y que me esperaban para ir á pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, en casa del patriarca católico, que habia ido á convidarnos. A las cuatro y media nos vimos atacados por una espantosa tempestad. Un gorro de nubes densísimas parecia caer de improviso sobre los montes que teníamos á la derecha, y el ruido que hacian estas nubes contra los picos del Líbano, en los que se estrellaban y dividian, se confundia con el del mar, que parecia una dilatada llanura de nieve, removida y agitada por un furioso viento. La lluvia no caia, como en Occidente, á gotas mas ó menos apiñadas, sino á torrentes contínuos y pesados que golpeaban y abrumaban á hombres y caballos, como la mano de la tempestad. El dia se oscureció enteramente, nuestros caballos andaban entre torrentes de agua y de piedras, y á cada momento nos veíamos á pique de ser arrastrados al mar. Cuando se aclaró un poco, y volvió á parecer el dia, nos encontramos á la entrada del bosque de juncos de Fakardin, á media legua de la ciudad.

La patria tiene tambien su influencia sobre los animales; pues mis caballos, que reconocieron el sitio, por haberme llevado muchas veces, aunque cansados por un viaje de trescientas leguas, empezaron á relinchar, enderezaban las orejas, y daban saltos de gozo sobre la arena. Yo dejé que la caravana desfilase lentamente por entre los pinos; puse á mi Líbano al galope, llegué con el corazon agitado de gozo y de inquietud, y me arrojé en los brazos de mi mujer. Julia estaba divirtiéndose en una casa vecina con las hijas del príncipe

de las montañas, que habia sido gobernador de Beyruth durante mi ausencia; mas desde lo alto del terrado me habia visto llegar, y oí que corria gritando: ¿Dónde está? dónde está? ¿Es de veras, papá? Entró, se precipitó en mis brazos, me colmó de caricias, despues corria por el cuarto con los ojos inundados de lágrimas, levantando las manos y repitiendo: ¡Qué contenta estoy! ¡que contenta! En la sala habia dos jóvenes, padres jesuitas del Líbano, que habian venido á visitar á mi mujer, y no pude en mucho tiempo dirigirles una palabra de atencion: ellos mismos enmudecieron ante la espresion apasionada y sincera de la ternura de una hija con su padre, y ante el celeste brillo con que el gozo aumentaba su radiante hermosura: se quedaron en pie con admiracion y silencio: nuestros amigos y nuestra comitiva llegaron luego, y los campos de moreras se llenaron de nuestros caballos y tiendas.

Pasé muchos dias de felicidad y de reposo en recibir las visitas de nuestros amigos de Beyruth: los hijos del emir Beschir, que han bajado de las montañas por órden de Ibrahim para ocupar el pais que se ve amenazado de una sublevacion en favor de los turcos, estaban acampados á una hora de nuestra casa, en el valle de Nar-el-kelb.

7 de noviembre.

Mr. Bianco, cónsul de Cerdeña, que hacia muchos años estaba relacionado con estos príncipes, nos convidó á un festin que les dió; y les vimos llegar con cafetanes magníficos de alama ó de glasse de oro; su turbante era tambien de las mas ricas telas de Cachemir. El mayor de estos príncipes, que manda el ejército de su padre, llevaba un puñal, cuyo mango era enteramente de diamantes de un inestimable valor: su comitiva es numerosa y singular. En medio de muchos musulmanes y negros esclavos tiene un poeta, enteramente semejante por sus atribuciones á los bardos de la edad media; sus funciones consisten en cantar las virtudes y las espediciones de su amo, en forjarle historias cuando le llama para que le distraiga, y en estar de pie derecho detras de él, durante las comidas, improvisando versos, que son una especie de brindis políticos en honor suyo y en el de los convidados, á quienes el príncipe quiere distinguir. Tambien hay un capellan ó confesor maronita católico que nunca se separa de él, ni aun cuando está en la mesa, y á quien únicamente permite la entrada en el harem: es un fraile de un rostro jovial y guerrero, enteramente semejante á lo que nosotros llamamos un capellan de regimiento. El capellan, por respeto á su carácter de eclesiástico, se sienta á la mesa; mas el poeta permanece derecho. Estos príncipes, y sobre todo el mayor, no manifiestan embarazo ninguno á la vista de nuestros usos, ni á la presencia de las mujeres europeas. Hablaron alternativamente con nosotros, con la misma gracia en los modales, la misma oportunidad y la misma libertad y despejo, que si hubiesen estado educados en una corte la mas elegante de Europa.

La civilizacion oriental está siempre al nivel de nuestra civilizacion europea, porque la suya es mas antigua y originariamente mas pura y mas perfecta. Un observador que no esté preocupado,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

no hallará comparacion entre la nobleza, la decencia y la gracia severa de las costumbres árabes ó turcas, é indianas ó persianas, y las nuestras: nuestras costumbres se resienten de la juventud de los pueblos que acaban de salir de las civilizaciones duras, groseras é imperfectas, y en las de ellos se distinguen ó notan los hijos de casas ó familias principales; los pueblos herederos de la sabiduria y virtudes antiguas. Su nobleza, que no es otra cosa mas que la filiacion de las virtudes primitivas, está escrita sobre sus frentes, é impresa en todas sus costumbres; y ademas entre ellos no hay pueblo. La civilizacion moral, la unica que yo aprecio, está al nivel por todas partes: el pastor y el emir son de la misma familia, hablan la misma lengua, tienen los mismos usos, y participan de la misma sabiduria y de las mismas tradiciones, que son la atmósfera de un pueblo.

Circularon con abundancia en los postres los vinos de Chipre y del Líbano: los árabes cristianos y la familia del emir Beschir, que es cristiana ó cree serlo, bebian sin dificultad cuando se les presentaba la ocasion. Se brindó por la victoria de Ibrahim, por la libertad del Líbano, y por la amistad de los francos y de los árabes: el príncipe brindó despues por las señoras que se hallaban presentes, y el bardo se puso á improvisar por órden del príncipe, y cantó en voz alta unos versos cuyo sentido es el siguiente.

Bebamos el nectar del Eden que embriaga y regocija el corazon del príncipe y del esclavo: este es el vino de aquellas mismas viñas plantadas por Noé, cuando la paloma en lugar del ramo de olivo le tra-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

jo la cepa del cielo. Por la virtud de este vino el poeta se hace un instante príncipe, y el príncipe se torna poeta.

Bebamos en honor de estas hermosas y jóvenes francesas que vienen del pais donde son reinas todas las mujeres. Los ojos de las mujeres de Siria son apacibles; pero están cubiertos: en los ojos de las hijas de Occidente hay mas embriaguez que en la trasparente copa que libo.

Beber, y contemplar el rostro de las mujeres, es para el musulman pecar dos veces; mas para el árabe es gozar dos veces y bendecir á Dios de dos maneras.

El mismo capellan pareció gustar mucho de estos versos, y repetía los refranes del bardo riendo, y apurando su vaso. El príncipe nos propuso la diversion de una caza con el halcon, de la cual gustan mucho los príncipes y los scheiks de Siria: de allí la trajeron á Europa los cruzados.

9 de noviembre.

A escepcion de algunas ráfagas de viento de mar y de algunas tormentas, que descargan en lluvia á la hora de mediodia, es tan hermoso el tiempo como el mes de mayo lo es en Francia. Tan pronto como comenzaron las lluvias, empezó tambien una nueva primavera. Las paredes de los terraplenes que sostienen la tierra de las pendientes cultivadas del Líbano, y las fértiles colinas de los alrededores de Beyruth, se cubrieron en pocos dias de una vegetacion tal, que la tierra quedó oculta enteramente bajo el musgo, la yerba, las enredaderas y las flores; la verde cebada tapi-

zaba los campos, que á nuestra llegada no presentaban mas que polvo; las moreras brotaban su segunda hoja, y formaban al rededor de nuestras casas bosques impenetrables al sol: acá y acullá se veian los techos de las casas diseminadas en la llanura que salian de este océano de verdura; las mujeres griegas y siriacas con sus trages ostentosos y ricos parecian unas reinas sobre los pabellones de sus jardines. Sendas estrechas encajonadas en la arena conducian de unas casas á otras, y de las unas á las otras colinas al través de estos jardines continuados, que llegan desde las orillas del mar hasta los pies del Líbano. Si se siguen estas sendas, encuentra uno de improviso sobre los umbrales de estas pequeñas casas las escenas mas interesantes de la vida patriarcal; las mujeres y las jóvenes sentadas bajo la higuera y el moral, que tienen á la puerta, bordan ricas alfombras de lana con opuestos y brillantes colores; otras atan las hebras de la seda á árboles distantes, y las desovillan, andando lentamente y cantando, desde un árbol al otro. Los hombres tejen tambien telas de seda, pero caminando hácia atrás desde un árbol á otro, y arrojando la lanzadera que otro operario les devuelve: los niños están acostados en cunas de junco, ó sobre esteras, á la sombra; y algunos suspendidos en las ramas de los naranjos. Los grandes carneros de Siria con la inmensas cola que les arrastra, demasiado pesados para moverse, están metidos en hoyos que se hacen á propósito en la fresca tierra: delante de la puerta una ó dos hermosas cabras con largas orejas colgando, como las de nuestros perros de caza, y alguna vez una vaca, completan este cuadro campestre. El caballo del dueño está siempre allí con sus magníficos arneses en estado de montar; hace parte de la familia, y parece tomar interés en cuanto se hace ó se dice junto á él; su fisonomía se anima cual la del rostro humano. Cuando un forastero se presenta y le habla, endereza sus orejas, abre sus labios, arruga sus narices, tiende la cabeza, y olfatea al desconocido que lo halaga; sus dos ojos profundos brillan como dos ascuas al través de sus hermosas crines. Las familias de los labradores griegos, siriacos y árabes, que habitan estas casas al pie del Líbano, no tienen nada de salvaje ni de bárbaro; mas instruidos aun que los labradores de nuestras provincias, saben todos leer, entienden el árabe y el griego, son pacíficos, laboriosos y sóbrios. Se ocupan toda la semana en las labores de la tierra, ó en el tejido de la seda, descansan el domingo, asistiendo con sus familias á los largos oficios del culto griego ó siriaco, y se retiran despues á sus casas, donde tienen preparada una comida mas delicada que en los dias ordinarios. Las mujeres casadas y solteras se ponen sus mejores vestidos, trenzan sus cabellos, y los adornan con variadas flores, y se sientan despues sobre esteras á las puertas de las casas con sus amigas y vecinas. Seria imposible describir los admirables grupos de visualidad, de riqueza de traje y de hermosura que forman entonces estas mujeres en el campo. A cada paso veo rostros de mujeres, dignos de haber sido vistos por Rafael, aunque solo hubiera sido en ensueños de artista: su belleza es mucho mayor que la hermosura italiana ó la griega: allí se ve la pureza de las formas, la delicadeza de los

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

contornos, y en una palabra, todo lo que las artes griegas y romanas han dejado de mas completo; pero esto es mas seductor por la sencillez primitiva de la espresion, por una languidez serena y voluptuosa, por un esplendor celestial que esparcen sobre todas las facciones unos ojos azules guarnecidos de negras pestañas, por una sonrisa encantadora, una armonía de proporciones, una blancura animada, y una trasparencia indecible del cútis, un barniz metálico del pelo, una gracia de movimientos, una originalidad de actitudes, y un sonido de voz que constituye á las jóvenes siriacas en verdaderas hurís del paraiso de los ojos. Estas bellezas admirables y variadas son muy comunes tambien; no se anda una hora por el campo, sin encontrar muchas de ellas que van ó vuelven de la fuente con sus vasijas etruscas al hombro, y sus piernas desnudas con brazaletes de plata. Los hombres, tanto casados como solteros, no tienen otra distraccion el domingo que la de sentarse sobre esteras al pie de algun gran sicomoro, inmediato á una fuente; y allí permanecen inmóviles todo el dia contándose asombrosos cuentos; de cuando en cuando toman una taza de café, ó beben agua fresca; otros van á lo alto de las colinas y se sientan en corro bajo los parrales ó los olivos, gozando con recreo de la vista del mar, que dominan estas alturas, de la serenidad del cielo, del canto de los pájaros, y de todas estas voluptuosidades instintivas del hombre sencillo, que han perdido ya nuestras poblaciones, por la estrepitosa embriaguez de las tabernas, ó por la corrupcion de las orgías. Estas escenas tan hermosas de la creacion, en ninguna parte se ven

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

animadas de mas puras impresiones: la naturaleza es ciertamente aqui un himno perpetuo á la bondad del Criador, sin que ningun falso tono, ni ningun espectáculo de miseria altere ante la vista del estrangero la interesante armonía de este himno. Los hombres, las mujeres, los animales, los árboles, los montes, el mar, el cielo y el clima, todo es puro y hermoso; todo religioso y esplendente.

10 de noviembre.

He salido á paseo con Julia muy de mañana, y nos hemos dirigido á la colina que los griegos llaman de San Demetrio, á una legua de Beyruht, por el lado del Líbano, siguiendo oblicuamente la curvatura de la línea del mar. Dos árabes nos acompañaban, uno para servirnos de guia, y otro para mantenerse á la cabeza del caballo de Julia, y recibirla en sus brazos si el caballo se avivaba ó enardecia. Cuando las sendas eran demasiado pendientes, echábamos pie á tierra y recorríamos los terraplenes naturales ó artificiales que forman los cultivados graderíos de la colina de San Demetrio.

En mi infancia me he representado muchas veces este paraiso terrenal, este Eden, del que todas las naciones tienen idea, unas como un sueño, otras como tradicion de un tiempo y una mansion mas perfecta: he seguido á Milton en las deliciosas descripciones de este encantado paraiso de nuestros primeros padres; mas en esto como en todas las cosas, he encontrado que la naturaleza escede mucho á la imaginacion, porque Dios no ha concedido al hombre ni aun soñar cosas tan her-